NOTAS SOBRE LA DIVERSIFICACION DE LA AGRICULTURA

Por

JOSE M^a OLIAS PORRAS

Economista

Vivimos en época de especialización. Nadie se contenta con ser abogado a secas, o médico sin especialidad. Y desdichado de aquél que se conforme.

Sin embargo, y por lo mismo que la especialización es una característica fundamental de nuestros días, hay que tener mucho cuidado y no abusar del concepto. Si desorbitada fué la época que produjo al enciclopedista, más desorbitada aún puede ser la época que produce al especialista.

Estas frases, que pueden parecer absurdas como preámbulo a una exposición de ideas económicas, tienen por objeto recordar la función social e histórica que cumplió el humanismo y que debe tener presente el economista cuando trate de estudiar el problema de la diversificación, aunque sólo sea por sus consecuencias económicas.

Hubo una época en la literatura económica en la que, en los albores del romanticismo y quizá debido a ello mismo, se abogó por la especialización económica como forma de mejorar el comercio internacional. Su principal adalid fué DAVID RICARDO, con su teoría de los costes comparativos.

Ahora, a partir de la segunda guerra mundial, estamos viviendo el momento álgido de la idea contraria: la autosuficiencia. Todos los países deben ser capaces de bastarse a sí mismos, tanto en los productos industriales como en los agrícolas (1). Se ha llegado,

(1) Esto es válido, principalmente para la agricultura, a pesar de las tendencias mundiales a la integración económica. En primer lugar, y como veremos a lo largo del artículo, se trata de evitar el riesgo de una economía basada en una cosecha. En segundo lugar, y aunque no se diera la circunstancia anterior, los nuevos bloques no tratan de mejorar el mercado mundial, sino de combatir con más eficacia la "monstruosa" potencia económica de EE. UU. y de la U. R. S. S.

incluso, al absurdo de identificar niveles de renta altos con industrialización, negándose la posibilidad de elevar la renta nacional si al mismo tiempo no se consigue crear una industria pesada. Los que definen esto último ignoran, al parecer, la renta *per capita* que gozan países como Nueva Zelanda y Dinamarca.

Históricamente, el problema ofrece una paradoja digna de mención.

Cuando en el mundo surgió la idea del enciclopedista, el economista, por el contrario, exigía una especialización. Y cuando en el mundo aparece el especialista en todas las ramas del saber humano, entonces se exige que los países, como unidad social, sepan hacer un poco de todo en cantidades suficientes no sólo para el propio consumo, sino incluso para exportar a aquellos otros países que hayan quedado atrasados en la idea de la autosuficiencia.

Y aún en nuestros días existe otra paradoja más notable: aquellos que defienden con más ahinco la autosuficiencia son los que continuamente emplean el término de «localización». Absurdo, puesto que si creen en la ventaja de la localización tendrán que admitir que hay zonas y países en los que no pueden llevarse a cabo, de forma provechosa, ciertas actividades económicas.

Centrándonos en el tema del artículo, cabe preguntarse si es deseable una diversificación de productos agrícolas en países como el nuestro.

Las ventajas de la diversificación vienen apoyadas por tres tipos de factores: técnicos, sociales y económicos.

Factores técnicos.—La diversificación permite un mejor empleo de la técnica agrícola, tanto si se trata de unidades nacionales como de un empresario privado, puesto que hace posible un uso más racional del sistema de rotación de cultivos. Naturalmente que se necesita una mayor variedad de productos para el pleno empleo de los factores de producción, tanto de la tierra, como el capital y la mano de obra. Este último, especialmente, está muy expuesto al paro en el sector agrícola, ya sea paro estacional, paro encubierto o paro por fricción. Cualquiera de estas variantes, especialmente la primera, queda muy disminuída con una diversificación mayor en la agricultura, puesto que las distintas cosechas tienen su época de recolección en diferentes épocas del año.

En cuanto a la fertilidad del suelo, la rotación de cosechas es esencial, e incluso puede llegar a ser necesaria para ciertos climas de tipo tropical. No creo que en un país como el nuestro sea apre-

miante esta necesidad, aunque sí puede haberla en ciertas zonas, puesto que no hay que olvidar que dos provincias, al menos, de las españolas, pertenecen al clima tropical. Pero, en cualquier caso, es muy interesante una rotación de cultivos, tanto sobre la base de legumbres, por ejemplo, que restauran e incrementan la fertilidad del suelo, como de aquellos cultivos que dan una buena base al suelo y contrapesan el peligro de la erosión y evitan la cría de malezas. Estos cultivos pueden tener al mismo tiempo un uso directo o indirecto como forraje, con lo que se consiguen dos fines: el desarrollo de la agricultura y una mejora económica de la empresa agrícola al obtener conjuntamente cultivos y productos ganaderos. Esta integración de la agricultura junto con la producción animal es una de las medidas más eficaces para mejorar la fertilidad del suelo y la estructura agraria, aparte de sus grandes ventajas sociales, como es la mejora del consumo alimenticio.

El sistema de monocultivo favorece la aparición de plagas, y en el caso en que se cultive la misma cosecha en una gran extensión de terreno favorece, asimismo, la propagación de dicha plaga, aumentando considerablemente el peligro de pérdidas económicas. Ejemplos clásicos de este peligro los tenemos en nuestro país en la lucha contra el *arañuelo* del olivo y el *carias insulana* del algodónero. Especialmente en este último es característico que en 1956 se trataron 92.100 hectáreas contra el *carias insulana*, lo que supone más del 70 por 100 de las hectáreas cultivadas.

De hecho, una de las grandes ventajas de la diversificación, desde el punto de vista técnico, es que tanto las plagas como los factores climáticos, que ocasionan bajas en los rendimientos, y a veces pérdidas enteras de cosechas, son mucho menos peligrosos para un número variado de cosechas que para un cultivo específico.

Factores sociales.—Las ventajas sociales más importantes son tres: dos de ellas, del lado de la producción, y la tercera, del lado del consumidor.

Las dos primeras son una disminución del paro obrero y una disminución del peligro de pérdidas de cosechas, con su secuela automática de paro obrero y de necesidad de créditos al agricultor; aumentos de créditos que, a su vez, influyen, en gran cuantía en nuestro país, en la política monetaria seguida, con todas las consecuencias económico-sociales que trae consigo una alteración de dicha política.

En el fondo, estas dos ventajas o desventajas, según esté o no diversificada la agricultura, no son más que una consecuencia directa del tipo de factores técnicos que veíamos anteriormente.

La principal ventaja por parte del consumidor, dejando a un lado la mayor baratura de los productos por disminuir el grado de monopolio, sería la de una mejora en la dieta alimenticia de la población. Y aunque pudiera parecer exagerada esta preocupación de la dieta alimenticia en las circunstancias actuales de nuestro país, el hecho cierto es que, de acuerdo con los datos publicados por el Ministerio de Agricultura, nuestra dieta alimenticia es muy baja en proteínas, aunque sea suficiente en calorías. Resultado lógico de una agricultura dominada, para el consumo interno, por la producción de cereales, especialmente trigo, con una ganadería más que deficiente. El no pasar aún de un consumo de cinco kilogramos de huevos por habitante y año es reflejo de una realidad francamente desconsoladora.

Factores económicos.—Los factores económicos que más influyen y hacen deseable una agricultura diversificada son, principalmente, aquellos que se aplican a los productos de exportación y al equilibrio que debe existir entre las producciones para consumo interno y para la exportación. Indudablemente, y con respecto a la exportación, la especialización en la obtención de un producto tiene, aparentemente, grandes ventajas, mientras que la diversificación ofrece algunos riesgos. Por ello, la situación óptima de diversificación dependerá, en primer lugar, de las condiciones estructurales del país. Así, habrá que tener en cuenta el carácter de las cosechas más importantes producidas en el país, la disponibilidad y condición de la tierra cultivable, la relativa facilidad para variar la clase de cultivo y la posibilidad de un cultivo de rotación. Igualmente tiene mucha importancia las perspectivas futuras con vistas al mercado internacional. Es lógico que se tenga un recelo mayor cuando se trate de cultivos, tales como las fibras textiles, que pueden encontrar competencia en productos sucedáneos obtenidos artificialmente.

Una agricultura poco diversificada tiene siempre ante sí el peligro de una disminución en las exportaciones, bien sea por razones internas, tales como la pérdida de una cosecha, o por razones externas, tales como una baja en las cotizaciones del mercado. Tenemos un ejemplo con las perturbaciones que en la economía

de los países iberoamericanos ha producido la baja de precios del café y del azúcar.

La única forma de combatir estas fluctuaciones del mercado, y es un arma de eficacia relativa, es la de tener un alto grado de monopolio en el mercado internacional. Pero es un arma relativa, como lo demuestra el ejemplo del Brasil y del Perú con respecto al café. Efectivamente, si hay una baja de precios en el mercado internacional, el Gobierno del país monopolista de dicho producto combatiría dicha baja almacenando una cantidad de producto suficientemente alta para volver a equilibrar las condiciones del mercado. Pero este almacenamiento trae consigo unos gastos muy considerables y difíciles de mantener, no sólo por el almacenamiento en sí, sino, también, por la necesidad de pagar un precio remunerativo a aquellos agricultores cuyos productos no encuentren salida al mercado.

¿Y si esta baja se mantiene, cosa posible, durante dos o más cosechas? ¿Y si la baja se debe, no a una fluctuación cíclica, sino a una alteración en los gustos del consumidor, con lo que disminuyen en grado sumo las probabilidades de que se recupere el precio anterior? O bien, caso intermedio, pueden variar los gustos del consumidor precisamente porque, debido a la actuación restrictiva del país afectado por la baja, los países consumidores han acudido a sucedáneos, habituándose, después de dos o más años, al consumo del nuevo producto. En cualquiera de estos casos la situación no es nada agradable.

Naturalmente que estas fluctuaciones, que pueden llegar a tener efectos desastrosos, se combatirían con una diversificación mayor con respecto al comercio exterior.

Y después de esta leve exposición de ideas teóricas, pasemos al caso particular de nuestro país.

¿Está o no diversificada la agricultura española? En general, la diversificación de la agricultura tiene dos direcciones: para el consumo interno y para la exportación.

Pues bien, la política de producción seguida en España a lo largo del período 1939-59 ha sido la de favorecer la autosuficiencia y, para ello, la de incrementar nuestras producciones agrícolas en cantidad y en variedad. En cierto sentido se ha conseguido, puesto que hoy día se abastecen las necesidades nacionales. Pero sólo en cierto sentido, puesto que se abastecen necesidades primarias: necesidades de país poco desarrollado. En España, y según datos del

Ministerio de Agricultura (2), la distribución de la producción global agrícola, en tanto por ciento del producto bruto, es la siguiente:

Cereales	21
Carne	13
Leche	11
Frutas	11
Hortalizas	9
Huevos	6
Patatas	6
Vino	5
Plantas industriales	5
Aceite de oliva	4
Varios	4
TOTAL.....	100

Naturalmente, una agricultura en la que pesan más los cereales que los productos cárnicos pertenece a un país de poco desarrollo económico. No vamos a entrar ahora en la discusión de si este atraso agrícola está impuesto por las condiciones climatológicas o se debe también a un fallo de la política agraria seguida en nuestro país. Pero lo cierto es que en el resto de los países de la O. E. C. E. sólo se da el mismo caso para Italia y Grecia.

Consecuencia lógica de esta proporción es el bajo consumo español en proteínas, que en el año 1956 alcanzaba sólo a 0,069 kilogramos por habitante y día (3).

En cuanto a la producción agrícola destinada a la exportación, hay que tener en cuenta el lugar tan importante que dicha producción representa dentro del total de la exportación española. En tanto por ciento, la exportación de productos agrícolas representó en el año 1954 el 63 por 100 de nuestras exportaciones totales. En este aspecto, y entre todos los países de la O. E. C. E., España sólo era superada por Turquía, 89 por 100; Grecia, 83 por 100; Irlanda, 78 por 100, y Dinamarca, 73 por 100. Mientras que en el resto de los países este tanto por ciento disminuía de forma notable, hasta llegar al 11,1 por 100 en Gran Bretaña y el 7,5 por 100 en Alemania (4).

(2) *Características generales de la agricultura de los países de Europa Occidental*. Ministerio de Agricultura. Secretaría General Técnica. Madrid, 1958, pág. 47.

(3) *Informe sobre la agricultura y la alimentación 1955-56*. Presentado a la IX Sesión de la Conferencia de la F. A. O. Ministerio de Agricultura. Servicio de Estadística; pág. 42.

(4) Véase nota (2), pág. 50.

Tomando los datos correspondientes a 1956 y 1957 (5), la exportación de productos alimenticios alcanzó el valor de 651.586.000 y 746.415.000 pesetas oro, respectivamente. En dichos años el valor de la exportación de agrios, productos del olivar y tomate fué el siguiente (6):

Valor de la exportación, en pesetas oro.

	1 9 5 6	1 9 5 7
Tomate	38.226.624	55.251.527
Agrios	84.114.074	130.733.692
Productos del olivar	133.995.515	113.680.513

El tanto por ciento que estos valores suponían sobre la exportación total de productos alimenticios era el siguiente (7):

Tanto por ciento sobre el valor de la exportación de productos alimenticios.

	1 9 5 6	1 9 5 7
Tomate	5,8	7,4
Agrios	12,8	17,5
Productos del olivar	20,5	15,2

Es decir, que, dentro de la importancia que tiene la producción agrícola en nuestro comercio exterior, es una producción poco diversificada, pues un solo cultivo proporciona el 20,5 por 100 de la exportación agrícola, y con tres productos se obtiene el 40,1 por 100 de dicha exportación. Y no hay necesidad de alargar este artículo, recordando las consecuencias tan lamentables que se desprenden de esta escasez de diversificación, cuando la eterna excusa de nuestros males económicos es «la pérdida de la cosecha de la naranja».

¿No habría una forma de diversificar nuestra producción agrícola con vistas tanto a la exportación como al consumo interno? O, al menos, ¿no habría forma de evitar el monocultivo de ciertas regiones, ampliando, por el contrario, el número de regiones que produjeran cosechas de exportación?

(5) *Estadísticas de comercio exterior de España, 1957.* Dirección General de Aduana. Madrid, 1958.

(6) *Ibid.*

(7) *Ibid.*